

ALGO SOBRE RACISMO Y LA POSICION POLITICA

Por Ricardo PATTEE.

El excelente Profesor de Historia Católica de América en Washington y México, RICARDO PATTEE, nos remite este interesante artículo como colaboración espontánea a SIC.

—Publicamos con el mayor gusto su actualísimo comentario, deseando sea el primero de una serie que esperamos de la famosa y apostólica cruzada de la pluma, que realiza el PROFESOR PATTEE.

QUIZAS no haya un sólo tema de los muchos que han surgido en medio de la guerra actual que haya dejado lugar a más dudas o que se haya prestado a más tergiversaciones que la posición de la Iglesia Católica frente al racismo que ha sembrado al mundo de odios, amarguras y tragedia espiritual. No es extraño, puesto que infinidad de observadores se han mostrado incapaces de entender las más claras expresiones de la Santa Sede acerca de muchos de los problemas envueltos en la presente conflagración. En Hispano América esto es singularmente notable por la frecuencia con que periodistas, escritores, intelectuales y muchos otros andan repitiendo la patraña de que la Iglesia de Roma favorece al hitlerismo; quiere la victoria del totalitarismo; es partidaria de la persecución de los judíos; odia la libertad de conciencia y otras especies igualmente absurdas. Las Encíclicas, las cartas pastorales y todos los demás documentos pontificios han dado un rotundo mentís a estas acusaciones gratuitas. Pero como nadie lee aparentemente las declaraciones de la Santa Sede fuera de las

jerarquías y el clero, en vano esperamos que haya una visión clara de lo firme de la posición del Vaticano sobre los grandes problemas que nos inquietan en el día. Y entre estos gruesos problemas, figura preeminentemente el del racismo. Deseamos dedicar a este tema algunas líneas, principalmente en torno a un libro recién aparecido en los Estados Unidos, por un padre jesuita, el Rev. John La Farage, S. J. Director de la conocida revista AMERICA y una de las plumas más ágiles entre el clero norteamericano en estas cuestiones sociales e internacionales. El P. La Farage tiene una larga y honrosa historia de interés en la suerte del negro en los Estados Unidos. Su conocimiento es profundo; fruto de años de convivencia y de íntimo contacto con este agudísimo problema social que roe las entrañas del pueblo norteamericano. En esta obra, *The race question and the Negro*, el ilustre Jesuita trata tan sutil cuestión con el valor y la franqueza que le distingue en todos sus escritos.

El racismo no es novedoso ni debíamos pensar que ha sido invento del calentamiento cerebro de Adolfo Hitler. Lo que infunde cierta inquietud es la importancia que va adquiriendo en la actualidad para surgir irremediamente como uno de los problemas más perturbadores de la época de la post guerra que se acerca. El fenómeno no es otro que el surgimiento de un problema que las mismas razas de color no dejarán sobre el tapete sin solución. En 1943 el jefe del partido republicano de los Estados Unidos, Wendell Willkie, a raíz de un largo viaje por el oriente de Europa y Asia, hi-

zo unas declaraciones sensacionales en que hacía hincapié en que no era posible postergar más las razas de color: que desde el centro de Asia hasta Africa y Oceanía, se vislumbraba una inquietud colectiva que exigía que, como consecuencia de esta guerra, nunca jamás se volviese al estado de cosas en que la llamada raza caucásica dominaba sin que las razas de epidermis más oscura se arriesgasen a levantar más que una tímida voz de reparo. El mundo de color ha sido profundamente sacudido. Los triunfos de los japoneses en Hongkong, en Malaya, en Birmania y en las Islas Orientales Holandesas sirvieron para demostrar que el imperio de la raza blanca es más frágil de lo que se creía. ¿Es concebible que después de que se restablezca la paz, los chinos volverán a renunciar a Hongkong; que los malayos se vuelvan mansamente al albergue de un sistema colonial que ninguna protección les ofrecía; que los birmaneses olviden en un día que ante el avance japonés los británicos nada les podía ofrecer? ¿Y qué diremos de esa masa de 13,000,000 de negros que habitan los Estados Unidos; que pelean proporcionadamente en las fuerzas armadas de la nación, pero que al volver tendrán que reintegrarse al sistema de segregación; a los tranvías en que no pueden sentarse al lado de los blancos o a los hoteles de ínfima categoría por qué no pueden conseguir alojamiento en los mejores? Cuando Mme. Chiang Kai Shek visitó los Estados Unidos, no tuvo empacho en pregonar abiertamente que las razas de color estaban hartas de su papel secundario; que ni los orientales ni los africanos veían en el orden establecido esa garantía que exigía; no de tolerancia que implica desigualdad, sino una participación plena en la determinación de los destinos del mundo. El pueblo norteamericano no pudo dejar de darse cuenta de la terrible paradoja que constituía el luchar contra un sistema racista en Alemania o impuesto en otras partes del mundo, y tolerar un sistema en casa que representa la negación total de la caridad cristiana y de la justicia.

Nos hemos impuesto igualmente de otro factor: que aunque no queramos, tenemos que contar no solamente con la fuerza militar de la Unión Soviética que es enorme, sino con la actitud social que informa esa nación. La Unión Soviética se vanagloria, y con cierta ra-

zón, de haber podido incorporar en un sólo territorio a minorías de todas las razas, lenguas, culturas y religiones. Este no es el lugar para examinar la realidad de esta declaración, sino simplemente afirmar que en contraste con la Gran Bretaña en la India o en Birmania o los Estados Unidos con respecto al negro, Rusia puede jactarse de haber dado, aparentemente, mejor solución a tan engorroso problema. Cuando llegue el momento de abordar problemas de este alcance y gravedad, es posible que la Unión Soviética tenga de antemano un prestigio de que carecerán las demás naciones aliadas. Claro está que una armonía racial basada en las doctrinas del comunismo no representa ni un sistema permanente ni uno aceptable para la conciencia cristiana. El problema no se resuelve por medio de la presión de un gobierno; se realiza por la aplicación de los preceptos que la Iglesia siempre ha mantenido en esta materia y por la iluminación de la conciencia para extirpar de ella de cuajo, las raíces del racismo; uno de los odios más repugnantes de que puede ser víctima del hombre. Recordemos las palabras del Romano Pontífice al comienzo de Summi Pontificatus sobre su visión del futuro que debía existir para el hombre. No es otra que las palabras de San Pablo a los Efesios (Cap. IV. 6) "Un solo Dios de todos, el cual es sobre todos y por medio de todos y en todos".

En 1942, una comisión formada en los Estados Unidos para el estudio de la participación del continente africano en los arreglos después de la guerra, llegó a la conclusión de que cualquier consideración del futuro de este continente tenía que partir del principio de que lo que importaba eran los intereses de los indígenas y no el precepto que había guiado las intenciones de los europeos durante el siglo XIX, en que Africa había sido repartido como si fuese una tierra despoblada. Textualmente, esta comisión añadió: "Es de suma importancia que se elimine inmediatamente toda idea basada en la teoría del Herrenvolk de los Nazis y en vez de hablar de razas como superiores o inferiores, emplear simplemente los términos, avanzada o retardada."

La posición de la Iglesia no puede ser más clara sobre el problema de raza y del racismo. Está inspirada en primer lugar en la universalidad de los derechos

humanos fundamentales. Cuando los Romanos Pontífices hablan en *Rerum Novarum* y en *Quadragesimo Anno* de los derechos fundamentales del hombre a un salario justo, a condiciones mínimas de trabajo y de subsistencia, a los derechos de que su familia disfrute de condiciones de vida satisfactorias, de que la riqueza superflua amontonada en manos de los pocos debía repartirse; no se hace ninguna distinción entre las razas, ni en manera alguna pretenden los Papas limitar el usufructo de estos derechos a los miembros de una raza privilegiada. Las grandes Encíclicas sociales no hablan siquiera de que estos sean los derechos de los católicos sino de la especie humana porque son inherentes nuestra naturaleza y fluyen como consecuencia lógica de nuestra creación y destino. Las Encíclicas constituyen entonces el resplandor más contundente al racismo alemán precisamente porque sus preceptos y enseñanzas abarcan a la humanidad entera. No hay razas que han de tener y otras, por la sangre que corren en sus venas, han de vivir privadas de lo indispensable para mantener una vida decorosa.

En un discurso ante la Acción Católica italiana el 21 de Julio de 1938, S. S. Pío XI les advirtió que "Católico significa universal y no separatista o racista." Las autoridades fascistas de Italia no dejaron pasar este desafío como lo habían de interpretar. Reconviniéron al Papa el haber declarado Acción Católica anti-racista y como el fascismo había adoptado un programa racista, entonces Acción Católica era necesariamente anti-fascista. El 28 de julio, el Pontífice respondió al hablar a los estudiantes del Colegio de la Propaganda, expresando nuevamente la doctrina de la Iglesia en materia de raza. Toda la humanidad, decía Su Santidad, es una sola raza. A pesar de sus variantes, puede considerarse una familia universal. "Demasiado se está diciendo", afirmaba el Papa "acerca de las razas y el nacionalismo en un sentido separatista." Más tarde agregó: "La vida católica significa actividad impregnada de caridad, la virtud y la ley de Dios que, al penetrar en la vida, la convierte en vida de Dios. No hay otro modo de pensar católicamente y tal manera de pensar no es ni racista, ni nacionalista ni separatista. No deseamos separar nada en la familia humana. Consideramos el racismo y el nacionalis-

mo exagerado como barreras que se levantan entre hombre y hombre; entre pueblo y pueblo; entre nación y nación."

En su primera encíclica, el Pontífice actual tomó como norma de sus declaraciones la unidad de la raza humana "las leyes de la solidaridad humana y la caridad dictadas por nuestro origen común." Nada podía ser más elocuente y claro. El mundo católico por medio de sus obispos se ha solidarizado con esta proposición del Sumo Pontífice. En Alemania, las voces que más firmemente se han levantado para denunciar la iniquidad del racismo han sido de los prelados: S. Von Preysing, Obispo de Berlín, Faulhaber, de Munich, Von Galen y muchos otros. Cuando el Pontífice consagró doce obispos de diversas razas, dió un ejemplo al mundo de que en la Iglesia de Dios no puede haber discrepancias por razones tan baladíes.

El 4 de octubre de 1926, la Iglesia Católica honró con la beatificación a un sacerdote negro y mártir; el tuerto Abba Gheba Micháel, muerto heroicamente en defensa de la fe en Etiopía el 28 de agosto de 1853. Y allí están San Benedicto el Moro, discípulo de San Francisco de Asís, los ventiseis mártires de Uganda que perecieron en defensa de la castidad y de la fe; Fray Martín de Porres, de inolvidable memoria en Hispano América y cuyo nombre y recuerdo se reverencia en Nueva York donde el Padre La Farge ha sido responsable de la fundación de un Centro Martín de Porres para fomentar el contacto entre los negros y los blancos y contribuir por medio de una obra eminentemente cristiana a extirpar este mal del racismo que está en el fondo de muchas conciencias aunque en plena pugna con toda actitud cristiana.

El libro del Padre La Farge que mencionamos trata preferentemente el problema negro en los Estados Unidos, recalcando la posición de la Iglesia y el deber que esta situación plantea para los que aspiran a una solución conforme a las doctrinas católicas y en consonancia con las enseñanzas dadas por la Santa Sede. El racismo lo tenemos siempre con nosotros. Sus manifestaciones son múltiples y como el Diablo acecha con tenacidad, es útil que nos percateemos de la claridad de la doctrina católica sobre el particular e insistir en su aplicación invariable.

Ricardo PATTEE.